

En las oficinas de
CORRESPONDENCIA
ILUSTRADA, Infan-
tas, núm. 42, bajo
En la librería de Pe,
Carrera de San Jeró-
nimo, núm. 2; en
todas las demás li-
brerías, y en el cen-
tro de suscripciones,
Pasaje del café de
Madrid.
En provincias por
medio de nuestros
Corresponsales, é
escribiendo directa-
mente á esta Adm-
nistración.

Número suelto:
10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

PRECIOS

Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50

PORTUGAL
3 meses..... 7'50

EXTRANJERO
3 meses..... 22'50

ULTRAMAR
3 meses..... 25

ANUNCIOS
Línea..... 6'00

Comunicados y
reclamos, precios
convencionales.

Número suelto
10 CENTS.



AÑO II.—(II Época.)

Lunes 28 de Marzo de 1881

NUM. 181

NUESTRO GRABADO

Sobradamente conocidos los detalles de la hor-
rorosa catástrofe que puso fin á los días del Czar
Alejandro II, nos limitamos hoy á reproducir, por
medio del grabado, el atentado criminal que han
consumado los nihilistas.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS

Campoamor ha terminado el magnífico poema
que lleva este título y que es quizá el mejor de los
suyos.

Las facultades del insigne poeta van adquiriendo
con los años mayor brillantez y mayor fuerza. Uno
de nuestros colegas, al dar cuenta de la lectura del
poema en el Ateneo, señala como rasgos principa-
les de la poesía de Campoamor, el sentimiento y la
duda.

Y en efecto; el espíritu crítico de nuestra época
y un estro poético vigoroso, han encarnado en él
de modo tan armónico y maravilloso, que Campo-
amor ha venido á ser el eco fiel, en las regiones de
la poesía, del agitado mundo moral que caracteriza
á nuestro siglo.

Pero nada mejor que reproducir algunas de las
estrofas del poema *Los buenos y los sabios*:

I

Ya vuelve Juan, entre himnos de victoria,
de laureles ceñido,
y aunque llega, cual veis, tan mal vestido
del campo del honor y de la gloria,
la luz del iris en su pecho brilla,
pues lleva en él colgadas
dos cruces encarnadas,
una blanca, otra azul y otra amarilla.

II

Fué tan grande de Juan la bizzaría,
que Pedro Antonio de Alarcon decía
que en Tetuán se batió como una fiera,
llevando en la batalla por bandera
un pañuelo de hierbas de María:
y añadía de Juan, que le quedaban
de lágrimas sus ojos arrasados

si alguna vez, luchando, destrozaban
un sembrado de trigo los soldados;
porque era tan buenazo
que cuando airado para herir no oía
aquel fornido brazo,
tan sólamete daba, si po lía,
en vez de una estocada, un puñetazo;
así es que un día, exento de despecho;
de su fama en desdoro,
por no romperle la cabeza á un moro,
por poco el moro le atraviesa el pecho.

III

¡Dichoso Juan que viene
ignorando en sus santas ilusiones
que siempre alcanza el triunfo aquel que tiene
la razón de los muchos batallones;
y que, volviendo vencedor del moro,
ostenta sus laureles,
sin presumir que cuando falta el oro,
la gloria y el honor son oropeles!
Nunca Juan entrevió, cual buen guerrero,
feliz con su uniforme de jilguero,
el axioma profundo
de que pese el rencor del mundo entero,
toda la gloria militar del mundo
no vale ni la vida de un rancho;
por lo cual dejaremos que la historia
cuenta de Juan el indomable brío,
porque yo, lector mío,
tengo el honor de despreciar la gloria.

Y como Juan, cuando se fué á la guerra,
más bien que la esperanza de la gloria
por todos los espacios de la tierra
llevaba á su lugar en la memoria...
fué á ver con diligencia
los sitios de sus penas y placeres;
pero, después de su gloriosa ausencia,
aunque en forma variada, halló en la esencia
los mismos hechos y los mismos séres;
pues siempre, como ley de la existencia,
las cosas sucediéndose á las cosas,
las flores crían granos,
los granos van á rosas,
las larvas se convierten en gusanos,
los gusanos se vuelven mariposas;

y cambiándose en odios los amores,
formando vidas nuevas de las viejas,
las abejas se comen á las flores,
los pájaros después á las abejas;
y así implacablemente
en incesante rueda
va siendo todo igual, y es diferente,
y todo va pasando y todo queda.»

III

Fijo Juan en la idea
de honrar siempre á una imagen adorada,
va á ver al cementerio de la aldea
la tumba en que su madre está enterrada.
Pero ¡oh rigor del hado!,
el mismo enterrador que la ha inhumado
no recuerda siquiera
dónde, de prisa y de cualquier manera,
enterró aquella madre tan querida;
y á Juan, al ver perdida
la imagen, más que todas hechicera,
le da el frío moral una ronquera
que después le duró toda su vida;
y entre lágrimas, ora
por la madre que adora,
teniendo sólo al cielo por testigo,
secándose las lágrimas que llora
con un jiron de una bandera mora,
conquistada por él al enemigo.
Y después resignado,
sobre un resto de lápida, sentado,
ambos codos clavando en las rodillas,
sostiene con las manos las mejillas;
y volviendo la vista á lo pasado,
de las memorias de la infancia lleno,
recuerda con más pena que alegría
las veces que su madre le decía,
como si fuese un monstruo: «¡Juan, sé bueno!»
y cual si aún fuera su bondad escasa,
promete ser más bueno todavía
por la memoria del postrero día
en que su madre le esperaba en casa.
Y viendo que buscaba inútilmente
el sitio en que su madre fué enterrada,
cuando ya lentamente
sumergía las cosas en la nada

la sombra inmensamente prolongada
por un sol que se hundía en Occidente,
al volverse al lugar, meditabundo,
de confusiones lleno,
con la mayor ingenuidad del mundo
se decía á sí mismo—«¿Y qué es ser bueno?»

III

Era Nelo un gentil aventurero
que con el alma para el mal nacida
fué el que á Roseta administró el primero
el bautismo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,
se quedó como muchas en el mundo,
no por causa del cura, mal casada;
y aunque era religiosa á su manera,
de veinte se cansó de ser soltera,
y casada de un mes se halló cansada.
Y Nelo, acaudillando
cierta mañana un enemigo bando
de turcos españoles con careta,
robó á Roseta antes de entrar en misa,
y es fama, aunque lloraba, que Roseta
se dejó secuestrar muerta de risa.

IV

En Valencia á un Manuel le llaman Nelo,
y el Nelo de quien hablo,
siendo mejor que el diablo,
es un poco peor que Maquiavelo,
pues el traidor, lo mismo
que lo pudiera hacer un abogado,
sabía dar de lado
al código penal y al catecismo;
y siendo un presidiario sin grillete,
que ardoroso, y con hábitos sensuales,
no tiene más que siete
de todos los pecados capitales,
hace pensar su tez amarillenta
que en su sangre hay más bilis que fibrina,
y en su boca se ostenta
la sonrisa feroz de un Catilina,
y malo desde el día en que ha nacido,
si nunca roba, con frecuencia mata,
y siendo más pirata que bandido,
es más contrabandista que pirata.



LA MUERTE DEL CZAR ALEJANDRO II.—EXPLOSION DE LA PRIMERA BOMBA